

TERCER PUESTO

Nocturno

Fabián Ignacio Pérez Santuario
Auxiliar de Webmaster
Vicerrectoría General
auxwebmaster@uniagustiniana.edu.co



El piano empezó a sonar con una melodía muy intrigante para mi gusto, nunca me interesó tocar piano hasta que lo oí esa vez, este tipo de melodía me hacía recordar lo frágil que era justo en esos instantes de mi vida. Había perdido parte de mi dinero, producto de no encontrar dónde emplearme; mis ahorros ahora solo eran un par de billetes que tenía en mi cartera de cuero, un regalo de mi padre, justo antes de que tomara la decisión de viajar lejos para conseguir algo más que fortuna y aventura. Pero en esos momentos, tenía la fiel ilusión de poder librar mis batallas internas y lograr conseguir algún trabajo en esa ciudad que se me hacía más grande cuando no tenía dinero. Justo en esos instantes de presta lucidez, mis ojos leían una carta de menú de la mesa del restaurante donde me encontraba en ese jueves de otoño, opaco como mis últimas ganancias.

—Disculpe, joven, no quiero ser grosero, pero me di cuenta de que no posee el protocolo de vestuario requerido para este restaurante, podemos ofrecerle una corbata y un saco mientras lo ayudo a pedir su orden.

—Solo vine a escuchar el piano y tomar un té caliente de manzana —le dije al camarero—. Si no es pertinente mi vestuario para usted, puedo retirarme y escucharlo al otro lado de la ventana, afuera.

—Como quiera, pero le recuerdo que este es mi trabajo, no quiero hacerlo sentir incómodo

—aseguró mientras se daba la vuelta para atender otra mesa mientras me miraba con sus ojos saltones—. Por si cambia de parecer, los sacos y corbatas están junto al ropero, enseguida de la entrada. En un momento le llevo su té.

—Gracias, creo que escucharé una pieza más de la pianista y me iré apenas termine mi orden

Mientras le decía esto, él se escabulló dentro de la cocina, como si no me hubiera escuchado. La pianista terminó con la canción

y todos los presentes aplaudieron levemente, solo por cortesía; el desinterés palpaba en el aire de aquel viejo restaurante. Yo aplaudía hasta que mis manos se pusieron rojas y calientes, era lo más perfecto que había escuchado.

—Muchas gracias, estimados clientes, a continuación, tocaré algo de Chopin, *Nocturno en Mi Bemol*.

No sabía qué era lo que iba a tocar; era para mí como una lejana y extraña lengua extranjera, pero su voz era mejor que el sonido del piano a mi parecer, no creía cómo alguien tan joven podía expresarse de esa manera y hacer que surjan dentro de mí esas emociones, que me hacían quedar atónito frente a la forma de usar un instrumento. Tal vez ese es el sentido de la música y, ahora, por primera vez me sentía atraído por ella y esta tarde era el más fanático y el más entusiasta de aquel establecimiento.

La intérprete se quedó mirando al vacío, su torso respiraba algo fatigado, se mordía los labios, mientras en su frente empezaban a formarse pequeñas gotas de sudor. De repente, su tez se volvió tan blanca como las teclas del viejo pero buen piano y acto seguido cayó del banco, víctima de un desvanecimiento. Tristemente, fui el único que subió a la pequeña grada a auxiliarla, hasta que tuve que gritar.

—¡Por favor, ayuda! —Chillé poseído por el pánico, al ver que no reaccionaba— ¡Se desmayó!

Tras el grito, se abrió bruscamente la puerta de la cocina, el camarero traía mi té y detrás de él salía apresuradamente su compañero, sus ojos fijos en la joven parecían destellar nostalgia y pánico; debido a su afán, él logró empujarme, sin darse cuenta, para auxiliar a la mujer que yacía en el suelo, ahora un poco más pálida.

—Tráeme agua, ¡en seguida! —Le gritó el camarero a su compañero.

Mientras este iba de nuevo hacia la cocina, me incorporé con mis rodillas y mis brazos para quedar sentado sobre el piso alfombrado de paño, donde estaba el estrado del piano; mi única reacción fue quedarme en esa posición inmóvil, esperando alguna señal de recuperación de la joven. Pero hubo algo que me dejó más inquieto, los demás clientes no prestaban ni la más mínima atención ante esta bochornosa situación, seguían debatiendo, comiendo, conversando entre ellos, como si lo que estuviera frente de ellos fuera algo de lo más común.

—Eso me pasa por ir a restaurantes tan lujosos —pensé para mis adentros—. Ni siquiera debería estar acá, solo un tonto entraría aquí sin dinero para poder comer algo que me saciara.

—¿La conoce? —Me preguntó el camarero, que me tiraba del hombro para que lo volteara a mirar.

—Es la primera vez que vengo a este lugar —le contesté distraídamente, mientras seguía indignado por la situación con los clientes.

— ¿Entonces, por qué ella le tomó la mano? —Continuó con el interrogatorio el camarero.

—¿Mi mano? —De inmediato giré mi cuello de nuevo hacia el lugar de donde venía la música, mientras observaba penosamente que, en efecto, ella me había sujetado fuerte de mi mano derecha. Apenas si podía sentir su piel tan suave y liviana—. No tengo idea, probablemente esté delirando.

—¡Ahora usted es doctor! —Exclamó con ironía.

Su sarcasmo me hizo enrojecer y mis manos temblaron.

—Necesito que se aparte y salga al instante del restaurante o llamaré a seguridad para que lo echen por no guardar el protocolo de este lugar, señor.

Mientras me sentenciaba, sus ojos tambaleaban y un tic en la ceja izquierda, que se asomaba en su amplia frente, hacía que esta vibrara como la mano de la joven, que sostenía la mía.

No tuve más remedio que incorporarme de nuevo, mientras dejaba suavemente la mano de la mujer sobre el piso alfombrado. En esto, el compañero de mi nuevo enemigo llegó y un vaso con agua estaba en sus manos, su cara estaba tan pálida que creí que también se desmayaría, pero me contuve de preguntarle si se sentía mal. Entonces, llegaron dos nuevos camareros a mis espaldas y me tomaron por los hombros para echarme del recinto. No era necesario que usaran la fuerza para empujarme hasta la puerta. Mientras me escoltaban, me quedé mirando al suelo, tan impotente y apenado, que ningún amigo o familiar mío hubiera reconocido mi inquietante rostro.

Esa tarde, me hice una promesa y era la de conseguirme una corbata y un saco para el estúpido protocolo del restaurante, solo para volver a escucharla a ella. Debería esperar al menos una semana, mientras los empleados de ese lugar olvidaban mi rostro para poder ingresar sin ningún contratiempo.

Efectivamente, la semana pasó y mi amigo de piso me ayudó a ocuparme en algo mientras conseguía un poco de dinero para mi retorno, que esperaba fuera triunfante, hacia el restaurante. Pasé cada día de esa eterna semana ayudando en labores de carga en la bahía de la ciudad; un buque lleno de cargamento de uvas silvestres provenientes de Suramérica fue nuestro primer trabajo, descargando y empacando las cajas de la fruta que, por ese entonces, era como oro para los ciudadanos. Al mismo tiempo, esto me sirvió para despejar un poco mi mente y oxigenarla, ya que, confieso, durante los primeros días en los que empecé a trabajar con mi amigo, se me había convertido en una obsesión, casi enfermiza, imaginar mi reencuentro con la mujer que me quitaba el sueño.

La brisa matutina del puerto me sirvió como catalizador de desintoxicación; desde que llegué a la ciudad, cuando dejé las comodidades de mi tierra natal, no había podido si quiera entablar alguna relación a excepción de mi amigo de piso. La realidad es que me pasaba horas y horas enteras en mi habitación y mantenía cerrada las cortinas, hasta el punto que me era necesario encender una pequeña y poco luminaria lámpara para evitar golpearme con algún mueble. Esto lo hacía porque, tal vez no tenía interés de ver la mediocridad en la que estaba, sin dinero, sin alguien más para hablar y con escasa comida; era un ermitaño en esa extraña ciudad.

—Solo espero que cuando nos paguen, no vayas a cometer locuras
—me señalaba mi amigo, Claude.

—También espero eso —le corroboré.

El día sábado llegó, junto con nuestro pago semanal, unos cuantos billetes, que se convirtieron en oro para mí en esos momentos. Después de finalizada la labor de ese día, acompañé a mi compañero de piso y a los demás marinos y ayudantes a celebrar con un par de cervezas que llegaban justo de Bélgica; no hubo necesidad de entrar a un bar, ya que nos dirigimos hacia unas mesas y bancos que habían hecho los marinos hace mucho tiempo en el mismo puerto. Pero mis pensamientos estaban tan alejados de la conversación y de la camaradería de aquellos que, por un momento, tuve que ponerme en pie y caminar entre los estantes y comercios que estaban en la entrada del puerto.

La oscuridad ya empezaba tenuemente a germinar del cielo, miraba hacia mi cenit y me encontraba con los primeros astros que sutilmente iniciaban su destello en el cielo totalmente azul de los suburbios. Me alejé solo un par de metros de mis compañeros de trabajo, hasta que me encontré con un estante lleno de libros en el puerto.

—Y, ¿los marinos sí leen? —le pregunté al viejo que estaba atendiendo la pequeña librería.

—No, eso nunca casi sucede —me explicó el viejo—. Pero acá puedo comprar algunos buenos libros en oferta que recién llegan de América.

Mientras observaba la diminuta colección de libros que tenía abarrotados en su pequeña mesa, el hombre me pasó una hoja impresa con lo que parecía un poema.

—No sé el título de este poema, pero creo que podría gustarle, no es tan largo para un marino como usted.

—No soy marino, ayudé a desembarcar un cargamento de uvas. Yo solo vine aquí por dinero —le refuté al viejo—.

—Entiendo, pensé que se convertiría en el primer marino en comprarme algún libro —decía, mientras su atronadora carcajada espantaba algunas gaviotas que reposaban en los barcos de enfrente—. Sea como sea, ya debo cerrar, conserve ese viejo papel, es un obsequio.

—Pues es muy amable usted —le contesté, mientras mis ojos empezaban a leer la pequeña hoja:

*No entres dócilmente en esa buena noche,
que al final del día debería la vejez arder y delirar;
rabia, rabia contra la luz en su agonía.
Aunque los sabios entienden al final que la oscuridad
es lo correcto,
como a su verbo ningún rayo ha confiado vigor,
No entran dócilmente en esa buena noche.*

Dylan Thomas

—Es soberbio —le confesaba al anciano, que estaba ya por terminar de envolver sus libros.

—Es perfecto para este anochecer —y en un pestañeo ya estaba fuera del puerto y se despedía de mí.

En esos momentos llegó Claude, quien me instigaba nuevamente a ir a terminar de celebrar con sus embriagados compañeros.

—Debo ir a conseguir un traje, urgente —le contaba mientras me terminaba mi cerveza.

—¿Justo ahora?, qué terco eres, ya te dije que lo olvidarás, el hecho de que sea pianista no significa que sea indicada para ti.

—Eso está claro para mí, pero en verdad es preciso que vuelva a ir, de lo contrario me la pasaré todo el tiempo reprochándome y lamentándome por no ir siquiera a saludarla. A lo mejor sigue enferma y eso es algo que no puedo aplazar.

—En verdad que no tienes remedio, y yo que pensaba que en esta semana ibas a dejar de creerte un donjuán.

—Aunque quisiera dejar de pensar en la escena, no puedo, mi pensamiento está más allá de lo que quiera hacer, es como si mis recuerdos solo militaran para ir a donde ella de nuevo.

—Tal vez lamente esto después, pero debe ser lo correcto por ahora para nuestra amistad —me dijo y sacó de su bolsillo los billetes que aún tenía en su poder—. Con lo que tienes no te alcanza para comprar un traje decente.

Logré sonreír pausadamente ante tal acto de camaradería, fue un momento en el que no pude contener mi emoción y sorpresa, no tuve más remedio que abrazarlo y gratificarle por ese gesto tan gentil y bizarro. Aun cuando mi entusiasmo me apresuraba, nos quedó tiempo para terminar la noche con otra ronda de cervezas, cortesía de los camaradas trabajadores del puerto. Mi felicidad era tal que, a pesar de lo ebrio que me empezaba a sentir, podía ya

vislumbrar ese nuevo encuentro con la joven pianista. Aunque hayamos cruzado tan solo un par de miradas y nuestro bochornoso encuentro en la pequeña grada del piano haya quedado como algo extraño y formal a la vez, guardaba miles de esperanzas de que, al menos, la joven me aceptara la invitación a tomar un café en algún otro restaurante de la ciudad. Los hechos que acontecieron esa noche no pasaron a mayores eventos, el alba ya se pronunciaba sobre el quieto y sublime mar, y tuve que cargar a Claude desde el puerto hasta nuestro hostel, ya que, víctima de la intoxicación por la cerveza, no coordinaba absolutamente ningún movimiento y no podía siquiera sostenerse en sus propias piernas.

Esa misma mañana, necesité recuperarme de la resaca que tenía en tan solo un par de horas, ya que mi primera misión del día era comprar un traje, no tan ostentoso, que me permitiera entrar triunfalmente a ese restaurante sin riesgo de ser echado por los vulgares camareros. Mientras me bañaba, alcancé a oír desde su cuarto a mi amigo Claude, que gritaba entre sueños:

—¡Oye galán!, no olvides traer algo para este dolor de cabeza.

Salí del hostel a toda marcha hacia el centro de la ciudad, en busca de alguna ganga para mi encuentro que, como ya había decidido, sería este mismo domingo en la noche. Debía ser rápido para lograr conseguir algo a esa hora de la mañana, pues los domingos eran muy alborotados en los comercios y tiendas, y normalmente los comerciantes cerraban antes de la hora de almuerzo, así que no había tiempo para gastar entre las calles, que ahora estaban adornadas por el sol y una tenue brisa que aún se disipaba.

No entres dócilmente en esa buena noche

Esta frase del escrito obsequiado por el viejo no ha podido salir de mi mente, tal vez esto era lo que me animaba a continuar en mi

empresa pues, por más desequilibrada que fuera, yo sabía que tenía alguna posibilidad de hablar nuevamente con la joven y sentía que nada me detendría ante lo que estaba codiciando en esos instantes.

Luego de un par de horas y de una pequeña travesía por los comercios del centro, logré conseguir un excelente traje de gamuza de imitación inglesa, sus cortes y su porte me hacían lucir como un verdadero acaudalado empresario de aceite de ballenas. Junto con el vestido, se me incluyó un sombrero algo modesto, pero que contrastaba elegantemente con los demás accesorios, una corbata fina y un chaleco, que me quedaba algo ajustado, pero era suficiente para la ocasión. Luego de haber hecho este avance en el propósito de ese día, me dirigí al hostel apresuradamente para conocer la opinión de Claude acerca de mi nuevo y galante traje; corrí a toda velocidad entre las calles mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro por la ganga que había adquirido en esa tienda.

—¡Pero qué ridículo te ves! —La burla de Claude me hizo notar que, debido a mi entusiasmo, había dejado mi antigua ropa en el almacén donde compré el vestido—. ¿Y tu ropa, dónde está? —Me indagó mientras tomaba un vaso de leche sobre su cama.

—Ya estaba muy sucia y maltrecha, fue un alivio deshacerme de esos harapos —le mentí a mi amigo y me senté en su silla para contarle mi plan para la noche y cómo llegaría a hablarle a la pianista para invitarla a una cita modesta en algún otro lugar de la ciudad.

Mientras conversaba con Claude, le explicaba por qué era necesario mi elegante traje, ya que él no había oído todo lo acontecido aquella tarde, cuando me echaron del restaurante, y tampoco sabía que ella se había desmayado en plena actuación ante el piano. Le compartí también mi sensación de rabia cuando vi que ningún cliente se tomó la molestia de escucharla o aplaudirla mientras terminaba de tocar las piezas más fantásticas que había escuchado en un piano.

Las horas pasaron fugazmente esa tarde, el sol ya se estaba ocultando y la charla con Claude concluía, ya que él se estaba cayendo del sueño nuevamente. Tuve que arreglarme tan rápido como pude, aunque no tenía mucho que hacer, solo me arreglé el cabello, pulí mis zapatos ocre y limpié una vez las hombreras de mi saco, ya que había mucho polvo en el hostel, producto de una renovación en la planta superior.

—Que no se te olvide darle mis saludos a tu musa —me decía Claude, mientras se envolvía en su vieja manta.

Me apresuré lo más que pude a dirigirme a una vieja floristería que estaba de camino al restaurante y que aún, para mi fortuna, permanecía abierta. Debido al préstamo de mi amigo, tenía dinero de sobra para comprar algunas flores y llevarlas de regalo a mi denominada musa, según Claude. Compré algunos lirios que se conservaban aún frescos y emprendí finalmente mis pasos hacia el encuentro por el que había esperado ya casi más de dos semanas.

El Chalet La Marseillaise era uno de los más antiguos restaurantes de la ciudad, fundado por un oriundo del país galo, se mantenía imponente justo detrás de la plaza central. Una calle abarrotada de piedras finas y bien esculpidas servían de tapiz exquisito para que los transeúntes disfrutaran de su magnífica pero vieja y olvidada fachada; los ventanales eran casi portales que descubrían unos inmutados muebles y muros de su interior; las luces y lámparas se estaban empezando a encender. Pude ver desde afuera en la calle que no mucha gente había en su interior, lo cual me alivió un poco, ya que no tendría que ver a esa despreciable clientela, común de este restaurante. Solo venía a verla a ella, nuevamente.

—Buenas noches, señor, hoy le ofrecemos una excelente sopa de alcachofa, acompañada de un exquisito pato con hierbas.

—Gracias, pero prefiero un té de manzana —le dije al camarero, al que identifiqué como aquel que me ordenó salir del restaurante,

después del desdichado evento que me llevó a estar nuevamente acá.

—En seguida, señor —se retiró sin siquiera percatarse de mi cara, ya que el sombrero lograba ocultar un poco mi rostro.

Al dar la vuelta hacia la cocina, noté que el piano estaba envuelto en un manto blanco y un par de arreglos florales yacían justo encima de la cola de este. Me inquieté al ver esto y enseguida pregunté al camarero:

—¿Qué pasó con la joven pianista, esta noche no tocará?

Al oír esto él se detuvo instantáneamente, quedó como inmóvil, como si lo hubiera hechizado la diosa Medusa.

—¿Usted llegó a conocerla? —Me preguntó, mientras aún me daba la espalda.

—Sí, solo la escuché una vez, justo la semana pasada —le respondí con gran inquietud frente a su tono de voz. Así que, me puse en pie y me quité el sombrero.

Un silencio entre los dos comenzó a brotar hasta el punto de dejarme en una turbación que no había conocido hasta ese momento.

—Si la conocía, igualmente habrá conocido de su deceso.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿es la misma joven de la que estamos hablando?

—Mi voz empezó a cambiar y tornarse entrecortada.

El camarero dio vuelta y enseguida me reconoció.

—Es usted, ¡usted! Ella murió esa misma tarde, a causa de una extraña variedad de tuberculosis, según los médicos. Su sepelio fue justo hace dos días, en verdad fue una tragedia. No era muy conocida en esta ciudad y el sepelio fue tan solitario como su corta vida.

Fue en ese momento en el que sentí desvanecerme, tuve que sentarme nuevamente y desabrochar mi corbata. El camarero nuevamente se retiró hacia la cocina, y yo aún estaba asimilando esa calamidad, que me había sentenciado, ella había muerto ese mismo día en que la conocí, no pude decirle nada, ni podré volver a escucharla en su piano, sentía que todo lo que había esperado había sido para agravar más ese sentimiento. Me había preocupado tanto por conseguir este absurdo traje, o verme bien para volverla a ver, que ni siquiera, por un instante, se me ocurrió conocer su estado de salud después de que me echaron del restaurante.

Mi corazón despedazado, sollozando y culpándose ante mi poca sapiencia, se enfureció contra el destino, se lamentaba por no haber actuado a tiempo. Y, entonces, se vuelve a repetir aquella frase del escrito que me regaló el viejo:

Rabia, rabia contra la luz en su agonía.